

INKARRÍ: INDIGENISMO Y SOCIALISMO DEL SIGLO XXI

“Umallañás kachkan, Inkariypa. Chayllamantas urayman wiñachkan, ukuman; Chakinmansi wiñachkan Chaysi Kutimunqa, Inkarry, lliu kaspaña. Manan kunankama kutimunchu. Kutimunqan, kutikapamunqan, Dios convinitiptinqa. Manas yachanikuchu convininqachus Diosinchik chayta”.

José María Arguedas¹

DEL PROBLEMA DEL INDIO AL DILEMA DEL INDIGENISMO

El indigenismo, ese movimiento social que incendia el campo milenario de los Andes sudamericanos, denota los ríos profundos que dividen y compartimentan la compleja sociedad latinoamericana, esculpiendo el carácter de sus regiones más representativas y modelando la idiosincrasia de sus pueblos². Las jóvenes repúblicas latinas nacieron a la vida institucional con el lastre de la desintegración y el cainismo, y este

Martín Santiváñez Vivanco es director del Center for Latin American Studies de la Fundación Maiestas.

¹ “Dicen que sólo la cabeza de Inkarrí existe. Desde la cabeza está creciendo hacia adentro: dicen que está creciendo hacia los pies. Entonces volverá, Inkarrí, cuando esté completo su cuerpo. No ha regresado hasta ahora. Ha de volver a nosotros, si Dios da su asentimiento. Pero no sabemos, dicen, si Dios ha de convenir en que vuelva”. *Del Mito de Inkarrí*, recopilado en Chaupi por **José María Arguedas**.

² El título se encuentra emparentado con la distinción rescatada por el arielismo del país formal y el país real, siguiendo a Joaquín Costa. A la nación real, el historiador **Jorge Basadre** la denominaría el “Perú profundo” y de allí surgiría el paralelo arguediano, pretendiendo resaltar la importancia de las raíces indígenas en la conformación de la identidad nacional e identificando a la sierra con la profundidad de sus ríos. Para mayores alcances sobre el título de la novela de Arguedas, la excelente introducción que realizó **Ricardo González Vigil** a la edición de *Los ríos profundos* de **José María Arguedas** (1995: 75-78).

substrato real pronto tuvo un enunciado teórico, enarbolado desde los más diversos parapetos intelectuales: el problema del indio.

En efecto, la denuncia sobre el estado de postración del indio nace de manera temprana con los aportes de Bartolomé de las Casas y Antonio de Montesinos. Y se prolonga, enriquecida, a lo largo de la colonia, sobreviviendo hasta los albores de la república, e integrándose, en plena forma, en el novecentismo de José Enrique Rodó y sus discípulos. Sólo durante el amplio renacimiento intelectual arielista el problema del indio alcanzaría dimensiones continentales, para dar el salto a la estrategia política ya con la generación siguiente, la del primer centenario de la independencia. Preocupados por desentrañar la esencia de las naciones latinoamericanas y los lazos en común que permitirían la creación de una comunidad espiritual continental, los estetas elitistas del arielismo, los mismos que profesaron la renovación demo-liberal, fueron los primeros en rescatar de manera generacional el aporte del indígena en la configuración de la identidad latinoamericana.

Porque, aunque parezca mentira, reconocer la herencia indígena ha supuesto, para Latinoamérica, un proceso de introspección intelectual tan desgarrador como doloroso y una batalla política en la que el populismo, como era de esperar, ha salido triunfante. Pero ello no siempre fue así, mucho menos en los albores de lo que hoy conocemos como indigenismo programático. Lo que en un principio fue un justo afán científico y social promovido por clérigos, positivistas decimonónicos y reformistas bergsonianos ajenos a ideologías disolventes, ha devenido en las últimas décadas en un movimiento político altamente masificado con arraigo en diversos territorios y capacidad plena para estructurar partidos, movimientos sociales y frentes de acción con respaldo electoral. Hoy, el indigenismo gobierna y ocupa un espacio de poder.

El indigenismo³, el primer indigenismo, nace como una plataforma social con reivindicaciones políticas, es aplastado *manu militari* en momen-

³ Entendido como aquella doctrina que propugna medidas sociales, políticas y económicas para la población de origen indígena en Latinoamérica. **Henri Favre**, quien ha dedicado cuarenta años de su vida al estudio de la realidad latinoamericana, lo define en *El indigenismo* como: "una corriente de opinión favorable a los indios. Se manifiesta en tomas de posición que tienden a proteger a la población indígena, a defenderla de las injusticias de las que es víctima y

tos concretos de la independencia y sufre un prolongado sopor en el que priman los enfoques literarios, culturales e intelectuales de observadores externos, apologetas y productores culturales. Revive, fortalecido, en el magma espurio del populismo y el cesarismo democrático para convertirse en una fuerza configuradora de la política continental. De las masas a la elite y de la *intelligentsia* a las masas. De aquel indigenismo reaccionario y monárquico de inicios de la República emerge el indigenismo revolucionario, socialista y estatista, ese gran movimiento social que amenaza con trastocar para siempre las formas democráticas de las débiles poliárquias sudamericanas.

El discurso indigenista, por tanto, pasa de ser uno reivindicativo, en ciertos aspectos de la vida pública, a un programa global sobre el ser de la nación y el destino del Estado. La vocación totalitaria del indigenismo del siglo XXI sólo es comprensible si analizamos el grave vacío de poder que dejó tras de sí el derrumbe de la monarquía hispánica en los reinos de ultramar. Es un vacío tan inmenso que ha tardado casi dos siglos en llenarse, ante la mirada culposa de un Estado republicano incapaz de ofrecer a las comunidades indígenas un mínimo de servicios, prestaciones sociales y cohesión nacional. Allí donde la monarquía hispánica mantenía una presencia constante, el Estado republicano fracasó. Es a raíz de esta ruptura institucional que se forja, primero, un discurso contrario a la República y

a hacer valer las cualidades o atributos que se le reconocen. Esta corriente de inspiración humanista es antigua, permanente y difusa. Sus orígenes se remontan a los contactos iniciales que los europeos establecieron con los habitantes del Nuevo Mundo. La descripción idealizada que hizo Cristóbal Colón de la población a la que acababa de encontrarse del otro lado del Atlántico convierte al descubridor de América en el primer indigenista" **Henri Favre** (1998: 7-8). Hasta este punto, la definición de Favre considera como actor central del indigenismo al "otro" no indígena que profesa de manera externa un compromiso con las reivindicaciones de la masa india. Sin embargo, Favre avanza en su teoría y defiende la existencia de un indigenismo en tanto "movimiento ideológico de expresión literaria y artística, aunque igualmente político y social, que considera al indio en el contexto de una problemática nacional...Así pues, el indigenismo está estrechamente ligado al nacionalismo. Incluso es la forma privilegiada que éste adopta en América Latina". Según esta nueva acepción, sólo el indio es el fundamento sobre el que es posible construir la nacionalidad (sólo él, en cuanto categoría abstracta, sería el depositario de los valores nacionalizantes). De esta manera, el indigenismo, vía nacionalismo, devendría en una forma más del populismo. La construcción de la nacionalidad sobre la base del indio es la postura política de la izquierda de la generación del Centenario, defendida por el marxista heterodoxo **José Carlos Mariátegui** (1994) en su famoso *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*.

luego, tras la victoria formal del secesionismo, un pliego de reivindicaciones acentuadas y propagadas por una parte reducida de la elite intelectual republicana. En seguida, dicho discurso se convierte en un reclamo nacional, aunque los actores de ello siguen siendo, en mayor o menor medida, ajenos al cosmos indígena. Finalmente, sólo durante la segunda mitad del siglo XX se establecen las condiciones educativas y sociales necesarias para que los propios indígenas configuren una acción política eficaz empleando para ello a sus propios caudillos, sin necesidad de pactos con fuerzas ajenas a su entorno. En este punto, el papel de los intelectuales decrece, aunque muchos continúan legitimando a nivel internacional la toma del poder por parte de unas masas plenamente organizadas y conscientes de su rol histórico. Ha llegado la hora de Evo Morales y compañía. Ha llegado la hora de forjar, a la luz del secesionismo indigenista, un nacionalismo protegido por nuevas leyes y financiado por un Estado agónico destinado a fertilizar un entramado institucional mixto, que distorsiona los valores democráticos y es rápidamente instrumentalizado en pro de una ideología disolvente con una firme vocación excluyente y totalitaria⁴.

Como observamos, de ser un problema real y una constante en la reflexión teórica latinoamericana, el indigenismo ha pasado a convertirse en un movimiento político con objetivos concretos de poder. He allí el salto cualitativo que ha dado en las últimas décadas. De objeto de estudio científico a actor fundamental en la toma de decisiones estatales. De cuestión ignorada y amenaza latente a solución programada con directrices ideológicas ciertas y un estilo político reconocible. El indigenismo se ha convertido de objeto pasivo en sujeto de acción. Sus líderes y apologetas son, por lo demás, plenamente conscientes de su poder en el nuevo orden mun-

⁴ La identificación del indigenismo con el nacionalismo también es sostenida, con acierto, por el documento estratégico *América Latina: una agenda de Libertad* (FAES, 2007: 25), dirigido por **Miguel Ángel Cortés** y coordinado por **Guillermo Hirschfeld**: “El indigenismo empieza a ser para América Latina lo que el nacionalismo es a Europa. Resulta tan esclarecedor como preocupante contemplar sus analogías. Ambos cuestionan los Estados nacionales modernos que superaron el Antiguo Régimen con el constitucionalismo liberal del siglo XIX. El indigenismo sustituye el concepto de ciudadano de una república por el de miembro de una comunidad étnica, al igual que el nacionalismo europeo busca fórmulas identitarias excluyentes. Los dos subordinan principios e instituciones liberales como la división de poderes, el mérito y capacidad, la igualdad ante la ley y el respeto por los derechos individuales, al logro de sus objetivos, muy cercanos al totalitarismo”.

dial y construyen sus alianzas sabiendo que tienen su destino en sus propias manos, más aún si en la otra orilla naufraga una oposición carente de ideas, partidos y carisma.

SOCIALISMO DEL SIGLO XXI E INDIGENISMO

El socialismo del siglo XXI es una construcción teórico-práctica desarrollada por los países de la órbita chavista y castrista⁵. Antes que una nueva ideología, se trata de una amalgama de principios, dogmas y teorías que provienen del materialismo histórico clásico, el guevarismo procastrista y el antiimperialismo arielista. La denuncia discursiva del socialismo del siglo XXI prolonga en el tiempo la tradición antiimperialista latinoamericana, inaugurada con el novecientos y dotada de un *corpus* ideológico tras el triunfo de la revolución bolchevique y el estallido de la revolución mexicana⁶. Hugo Chávez Frías, Rafael Correa, Evo Morales, Fidel y Raúl Castro, Daniel Ortega y Ollanta Humala son algunos de los caudillos más representativos que enarbolan el estandarte del socialismo del siglo XXI en Latinoamérica. Bajo este paraguas conceptual podemos encontrar diversas corrientes que pugnan, en mayor o menor medida, por un liderazgo pro-

⁵ La discusión sobre la paternidad teórica del socialismo del siglo XXI es confusa y, llevada al extremo, bizantina. El concepto ha sido deformado de tal manera por la praxis política que, aunque perviven las líneas maestras del panfleto fundacional *El futuro del socialismo* publicado por **Alexander V. Buzgalin** en ruso (1996) y castellano (2000), más vale apelar a la aplicación directa de sus principios al entramado democrático para dilucidar un concepto en permanente revisión. En todo caso, *veritas est adaequatio rei et intellectus*. **Heinz Dieterich Steffan**, autor del libro *El socialismo del siglo XXI* promocionado por el presidente Hugo Chávez desde 2005, también se arroga el rol de iniciador de la teoría y abunda en la idea de 'democracia participativa' en tanto eje de su entramado conceptual, siempre deudor del materialismo histórico clásico. Entre los portavoces de este paradigma destacan **Marta Harnecker**, *La izquierda en el umbral del siglo XXI. Haciendo posible lo imposible* (Harnecker, 1990); *La izquierda después de Seattle* (Harnecker, 2002); "On leftist strategy" (Harnecker, 2005); *Venezuela, una revolución sui géneris* (Harnecker, 2004); **Tomas Moulian** (2000), *Socialismo del Siglo XXI. La quinta vía* y **Michael A. Lebowitz**, *Build it now: Socialism for the Twenty-first century* (Lebowitz, 2006) y en castellano, *Construyámoslo ahora. El socialismo para el siglo XXI* (Lebowitz, 2007).

⁶ Es clara, por ejemplo, la oposición novecentista entre Ariel (los pueblos latinoamericanos) y Calibán (Estados Unidos y la cultura anglosajona). La presunta amenaza de los Estados Unidos a la hermandad espiritual latinoamericana es denunciada en el famoso poema de **Rubén Darío**, 'Oda a Roosevelt', tal vez la última pieza artística del hispanismo militante: "Eres los Estados Unidos/eres el futuro invasor/de la América ingenua que tiene sangre indígena/que aún reza a Jesucristo y aún habla en español.../Tened cuidado ¡Vive la América española!/hay mil cachorros sueltos del León español".

gramático: el bolivarianismo, el republicanismo humanista, el etnocacerismo, el social-progresismo, el populismo de izquierda, el neostatismo, el nacionalismo industrial y el cepalismo ortodoxo.

Con él, se inaugura un salto cualitativo en la estrategia política de la izquierda radical latinoamericana. Sin mayores aportes científicos y careciendo de un programa mínimo y original, el socialismo del siglo XXI triunfa en la configuración de una nueva estrategia real de ascenso pacífico al poder. Si durante gran parte del siglo XX un sector considerable de la izquierda latinoamericana apostó voluntariamente por la lucha armada como sendero para sus conquistas políticas, el fracaso de la estrategia filoterrorista y subversiva obligó a sus cuadros operativos y a las diversas vanguardias revolucionarias de los partidos a replantear el escenario de su intervención en el espacio público y social.

Así, tras décadas de desafío frontal a la democracia y sus instituciones, y de una guerra abierta contra la vía electoral, el socialismo del siglo XXI se presenta como una corriente moderna que apela al voto universal para legitimar un proceso revolucionario pacífico y crear una auténtica “democracia plural” que no es otra cosa que la soviétización de la sociedad civil. Este proceso comparte la finalidad de todas las revoluciones, esto es, liquidar de manera incruenta la democracia representativa y las corporaciones intermedias, suplantándolas por el imperio de los sóviets y los comisarios populares, esta vez también guardianes del legado histórico y de una tradición fenecida siglos atrás. Para ello, se recurre de manera consciente a las urnas, acostumbrando al pueblo a ejercer el poder electoral de manera indiscriminada y dejando atrás la lucha de clases, la cual es transformada en una guerra dialéctica discursiva que tiene como escenario los medios de comunicación de masas⁷. De esta manera se promueve lo que los jefes del socialismo del siglo XXI denominan “democracia participativa”, que permite eliminar, en un

⁷ De allí la importancia de controlar los *mass media* por parte de los Gobiernos adscritos al socialismo del siglo XXI. La toma de los medios facilita el control de las masas. No yerra **Jean-Marie Domenach** (2001: 126) cuando afirma que “las posibilidades inauditas de la propaganda política hicieron, y continúan haciendo pesar sobre el mundo, una espantosa amenaza. Ya aparecieron verdaderas ‘epidemias psicológicas’ deliberadamente provocadas, y ya hay ‘ingenieros de almas’ que fabricaron en serie individuos de mentalidad teleguiada”.

primer momento, las corporaciones intermedias (partidos políticos y movimientos sociales) y crear una relación de dependencia directa entre el gobierno y una nueva y potente red clientelar. Con posterioridad, y cooptado totalmente el aparato estatal, los Gobiernos adscritos al socialismo del siglo XXI crean partidos políticos nacidos con una pretensión: monopolizar el espacio público y convertirse, de facto, en partidos únicos acompañados por una pléyade de organizaciones inocuas según el modelo chino.

La “emergencia plebeya”⁸ que propugna el socialismo del siglo XXI se materializa en una contienda electoral que legitima socialmente el proceso revolucionario, otorgando a los Gobiernos progresistas de corte populista un capital político que permite profundizar las reformas y crear una red de poder paraestatal con el fin de asegurar la supervivencia del aparato partidario. El peronismo electoral puesto al servicio de una serie de reivindicaciones sociales cuaja, finalmente, en un partido político (o movimiento), destinado a preservar la esencia doctrinal de los líderes y a convertirse en un actor de la política nacional por muchas décadas. El salto partidista asegura la continuidad en el tiempo de esta nueva estrategia de poder, a diferencia de los viejos caudillismos populistas, condenados a desaparecer con la muerte del líder, y de los procesos revolucionarios que no lograron institucionalizarse en partidos populares (como las dictaduras progresistas de los sesenta y setenta). Esta emergencia plebeya (o desborde popular) es, a su vez, un síntoma inequívoco del triunfo del indigenismo y del retorno del populismo latinoamericano en una versión más depurada.

El indigenismo latinoamericano es anterior al socialismo del siglo XXI. No es un síntoma ni una consecuencia. Comparte con él un discurso de denuncia y un pliego de reivindicaciones, pero no es una subespecie de la fa-

⁸ Aunque no comparto la tesis sobre la “sociabilidad polimorfa” del pueblo ni la defensa que hace del vínculo entre el líder y las masas, es interesante el artículo de Saint Úpery sobre la “emergencia plebeya”. **Marc Saint Úpery** (2008: 75-87). Cómo no evocar, al mismo tiempo, el ya clásico aporte de **José Matos Mar** (2004), *Desborde popular y crisis del Estado. Veinte años después*. Por lo demás, el proceso de emergencia plebeya no se inicia con el ascenso al poder del socialismo del siglo XXI. El punto de partida surge con la creciente migración del campo a la ciudad, la organización lenta pero paulatina de redes populares y la formación de un liderazgo independiente que pasa del pacto con otros grupos a la representación nacional.

milia ideológica socialista⁹. El indigenismo es un movimiento autónomo que bien puede ser utilizado por radicalismos de izquierda como de derecha. Políticamente es neutro, aunque en determinados momentos de la historia haya pactado con ideologías concretas con el fin de obtener logros precisos que permitan al movimiento su consolidación y desarrollo. Como el nacionalismo, el indigenismo puede crear frentes comunes y temporales con diversas posturas ideológicas. En el caso andino, su adscripción al marxismo se inicia paulatinamente en las primeras décadas del siglo XX, es profundizada durante los conflictos sociales y las reformas agrarias que tienen lugar a lo largo del siglo pasado y, finalmente, la alianza es sellada con la irrupción del chavismo bolivariano como eje aglutinador de gran parte de la izquierda radical sudamericana.

El indigenismo es una forma de nacionalismo popular¹⁰. Éste se consolida con mayor rapidez en aquellas sociedades en las que el mestizaje está más extendido. El nacionalismo popular rescata como herencia suprema la tradición indígena, pero no se agota en la restauración de un pasado imperial o en el encumbramiento racial de una determinada etnia. El nacionalismo popular tiene ribetes fascistas y crea una liturgia simbólica semejante al nacionalismo romántico, ampliando su base de apoyo entre las capas medias de los centros urbanos. Este nacionalismo permite que ciertos sectores del pueblo mestizo se adhieran al rescate de una presunta memoria histórica indigenista y construyan una plataforma política capaz de obtener amplios espacios de poder.

El indigenismo emerge antes que las naciones modernas, deudoras por entero del culto al Estado y la sacralización de la soberanía¹¹. El movimiento

⁹ La noción se expandió merced al título del libro de Baudin *El Imperio socialista de los incas*. Cfr. **Louis Baudin** (1955). Sobre el particular, ver la estupenda "Reflexiones sobre el Imperio socialista de los incas", presentación a la edición en inglés del libro de Baudin escrita por **Ludwig Von Mises** (1961). Una versión digital puede hallarse en <http://www.biblioteca.cees.org.gt/topicos/web/topic-192.html>

¹⁰ Como acertadamente señala en *Nación y Tradición. Cinco discursos en torno a la nación peruana (1885-1930)*. **Karen Sanders** (1997: 63): "el nacionalismo engendra las naciones, no a la inversa... no obstante, es posible hacer una distinción entre los dos fenómenos... las naciones son por supuesto mucho más antiguas que el nacionalismo entendido como una doctrina política".

¹¹ Sobre la interdependencia de Estados y soberanía es fundamental el análisis que realiza sobre el tema en su obra *The New Global Law* el jurista español **Rafael Domingo** (2010: 65-73).

indígena existió antes de que se configuraran las jóvenes repúblicas latinoamericanas. Las propias naciones, como entes autónomos y conscientes, son posteriores en el tiempo a la fundación del Estado republicano que el proceso de independencias implantó formalmente en Latinoamérica. El indigenismo político, el mismo que en los últimos lustros ha alcanzado el cogobierno en vastos sectores de Sudamérica, se desarrolla paulatinamente, al igual que el nacionalismo radical, merced al progreso de las propias comunidades indígenas, a su menor dependencia de voceros foráneos, a la creación de un entramado concreto de estructuras económicas y políticas en las que la representación de las comunidades indígenas se traslada de procuradores sociales ajenos al núcleo étnico a líderes de la propia comunidad conscientes de su poder en democracia. El indigenismo político es absolutamente pragmático. Mientras existía una atmósfera social indiferente a las masas indígenas dispersas en las faldas de los Andes y condenadas a la postración económica, el indigenismo sobrevivió a través de un movimiento cultural, social y político liderado por mestizos, extranjeros y algunos indígenas aislados encargados de preparar durante décadas la irrupción total de las comunidades organizadas para actuar en la política latinoamericana¹².

De esta manera, el indigenismo instrumentaliza el discurso y las propuestas del socialismo del siglo XXI con el objeto de controlar el Estado¹³. La unión estratégica entre corrientes complementarias ha dado como resultado el triunfo electoral y la fragmentación de la oposición democrática, incapaz de articular un discurso integrador que se oponga a la praxis social del indigenismo.

¹² Absolutamente errado en las soluciones (nacionalización de la tierra, expropiación del minifundio y estatización de los medios de producción), José Carlos Mariátegui sí atinó en parte del diagnóstico: "La solución del problema del indio tiene que ser una solución social. Sus realizadores deben ser los propios indios... Un pueblo de cuatro millones de hombres, consciente de su número, no desespera nunca de su porvenir. Los mismos cuatro millones de hombres, mientras no sean sino una masa inorgánica, una muchedumbre dispersa, son incapaces de decidir su rumbo histórico". En efecto, han sido los propios indios, unidos a los mestizos, los que han logrado convertir el indigenismo en una alternativa de gobierno. Ver *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*, José Carlos Mariátegui (2007: 38).

¹³ Es frecuente el sometimiento ideológico de Marx a Manco Cápac, cómo así lo señalan los propios defensores del etnonacionalismo indígena, como Eduardo Vásquez Kunze (2006: 22): "sumarse al proyecto etnonacional o sencillamente desaparecer engullidos por la ola globalizadora, para lo cual es requisito anteponer el factor étnico-cultural. Nuevamente, Manco Qápaq antes que Marx o cualquier otro".

El fracaso de las insurrecciones guevaristas y maoístas en Bolivia, Perú y Ecuador provocó el abandono de la lucha armada por parte de las comunidades campesinas como vía para acceder al poder. Pese a esta renuncia formal al empleo de la violencia revolucionaria, se mantiene una metodología de confrontación –materializada en huelgas, manifestaciones de apoyo y control por la fuerza de ciertas zonas estratégicas– que socava las instituciones representativas y los espacios de diálogo democrático. Los Estados nacionales y las elites económicas, por lo demás, son incapaces de entablar diálogos coherentes con las comunidades indígenas y no logran crear la infraestructura necesaria para un entorno de riqueza y desarrollo.

Se impone entonces, en los países en los que triunfa el indigenismo, una primera fase de precariedad, en virtud a unas elites que no han logrado adscribirse con lealtad a la democracia¹⁴. La precariedad de las elites influye de manera decisiva en la población, permitiendo que, mediante el uso indiscriminado de los medios de comunicación controlados por ellas, los ciudadanos se plieguen a los movimientos mesiánicos pro-indigenistas (como en el caso del etnocacerismo humalista) con el fin de obtener réditos inmediatos en el plano social y económico. Se configura así un holocausto voluntario de la democracia en manos de aquellos que, en teoría, tendrían que defenderla de sus enemigos radicales, con los que no supieron pactar y a los que no supieron responder con medidas eficaces en democracia.

¹⁴ Este escaso compromiso democrático permea a las elites de derecha e izquierda en Latinoamérica por igual. Los mismos argumentos para atacar las autocracias de izquierda deben ser utilizados para oponerse a los autoritarismos que fungen como abanderados de la derecha. Al respecto, Eduardo Dargent Bocanegra sostiene que “la tesis principal del trabajo es que en el Perú y en varios Estados de América Latina, a pesar de la duración de la democracia desde los años setenta y ochenta, las elites de derecha y de izquierda subordinan su compromiso con la democracia liberal a sus intereses de corto y mediano plazo. Por ello, cuando las elites de ambos lados del espectro político perciban que un Gobierno con tendencias autoritarias está dispuesto a favorecer sus intereses, traicionarán a la democracia y apoyarán estas medidas autocráticas. Al contrario, las elites amenazadas por un Gobierno no democrático sí valorarán la democracia liberal y utilizarán sus recursos para defenderse, si se encuentran en una posición de debilidad. Llamo a estas elites demócratas precarios. ‘Demócratas’, pues actuarán como verdaderos demócratas cuando se sientan débiles y los recursos de la democracia les sirvan para proteger sus intereses frente a Gobiernos abusivos; ‘precarios’, pues abandonarán los valores democráticos cuando tengan poder y consideren que sus intereses pueden ser resguardados por medios no democráticos”. **Eduardo Dargent Bocanegra** (2009: 13).

Esta precariedad pronto se convierte en una política de Estado tendiente a reducir todos los espacios de oposición. El indigenismo, que nació como una manifestación más de la solidaridad andina, se convierte en la dictadura formal de un grupo perteneciente a una etnia determinada que coopta el Estado y domina las instituciones sin alterar, en un principio, las reglas de juego y la estabilidad institucional. Las sociedades latinoamericanas, particularmente las de los países con mayorías indígenas, se caracterizan por un acendrado centralismo matizado por la existencia de una red de regiones débiles con esferas de influencia dependientes en última instancia de la burocracia de la capital. La estrategia “del campo a la ciudad” es la culminación política de una táctica de largo aliento. Capturada la capital, esto es, consolidado el Gobierno y controlados los puestos clave de la Administración central, el indigenismo hace suyo el discurso del socialismo del siglo XXI para conseguir dos fines a mediano plazo: desmontar la democracia liberal y el Estado de Derecho y promover una transformación cultural en la que los valores occidentales cedan a la cosmovisión andina.

Esta vulgarización de la cultura indígena –una auténtica transvaloración de valores, parafraseando a Nietzsche– sólo llega a convertirse en un hecho político real porque antes se realizó la instrumentalización política de la nueva estrategia socialista para conquistar el poder y controlar el Estado. La relación formal del indigenismo con el socialismo del siglo XXI no pasa de ser, en suma, un pacto de medios. Como pago por este *know how* político, con los indigenistas, por supuesto, llegan al poder aquellos movimientos progresistas que por sí solos no alcanzan un respaldo electoral importante, ya que son identificados por la población con aquel sector de la izquierda que en un momento concreto optó por la lucha armada o no hizo un deslinde lo suficientemente claro como para obtener el respaldo popular.

El purismo del movimiento indigenista es discursivo, antes que práctico. Aliado a una estrategia concreta –la metodología del socialismo del siglo XXI–, el indigenismo tiene que contemporizar con una técnica política cuyo soporte conceptual es, en el mejor de los casos, una amalgama poco sólida de principios marxistas, populismo gestual y odio hacia los Estados

Unidos y sus aliados. El indigenismo ha abandonado la vieja idea de imperio, que también fue suya, para plegarse al antiimperialismo¹⁵. Sin embargo, forma parte de su programa político, de manera contradictoria, restablecer el arcano perdido del Tahuantinsuyo, expandir territorialmente su influencia, promover algunas de las instituciones tradicionales del incaico y rescatar una inexistente unidad basada, a su vez, en un equilibrio entre las diversas tribus que en otra época formaron parte de la civilización de los hijos del Sol.

Y he aquí un muro insalvable, de imposible solución. El indigenismo militante asume, de manera errónea, que el trono de los incas consolidó una estructura orgánica homogénea en la que convivían sin roces una serie de etnias absolutamente comprometidas con el proyecto imperial quechua. Es un grave error. El Imperio inca sojuzgó, *aut concilio aut ense* a numerosas tribus, reinos y feudos que no siempre, pese a la astuta diplomacia cusqueña, se comportaron con lealtad hacia la Mascaypacha. Muy por el contrario, iniciada la conquista, fue el apoyo de dichos reinos y satrapías lo que ayudó a desmontar, rápidamente, la red de poder de la *panaca* real tras la muerte del legítimo heredero. Esas diferencias étnicas, azuzadas por viejos conflictos históricos constituyen una frontera natural para la expansión del indigenismo. Un gran pacto aymara-quechua sólo sería comprensible en el marco de una negociación política que otorgara a ambos grupos étnicos cuotas de poder estatal y regional que han permanecido en disputa por siglos. En este sentido, ninguno de los líderes indigenistas de la actua-

¹⁵ La diferencia entre la idea de imperio e imperialismo ha sido resaltada en *Los reinos del Perú. Apuntes sobre la monarquía peruana* de manera clara por **Fernán Altuve-Febres Lores** (2001: 72-77). La idea de imperio (*imperium*) implica la "sólida asimilación de pueblos en un mosaico de culturas armonizadas". Se trata de una "unidad de las diversidades" que se opone al imperialismo de las talasocracias donde "una metrópoli de espíritu mercantil funda colonias de transacción y abastecimiento en ínsulas o litorales... La idea de universalidad propia del *Imperium* desaparecía en beneficio del dominio propio de un imperialismo darwiniano". Mientras España encarnó la idea de imperio que asimila, Inglaterra la de imperialismo, que expande su *potestas* sin deseo de fusión. Por lo demás, el indigenismo practica un imperialismo distinto a la idea de imperio que antes le era natural. Un imperialismo que avasalla a la oposición democrática, a los pueblos que no pertenecen a su *ethnic core* y un intervencionismo descartado en la política interna de los países vecinos que no comparten su visión maniquea de la realidad. Abandonar el imperialismo y retornar a la idea de imperio permitirá absorber lo mejor de cada cultura fusionándolas en torno a los principios de libertad y solidaridad que sólo el Occidente cristiano (la vieja *Respublica Christiana*) encarna en grado sumo.

lidad tiene la legitimidad suficiente como para convocar y lograr la unidad de los viejos reinos que el Tahuantinsuyo sometió con mano férrea.

El proyecto del socialismo del siglo XXI es ajeno a la realidad antropológica del indigenismo. Apela a intereses de clase, a necesidades populares, a coyunturas sociales y no a una cosmovisión común fundada en un pasado mítico que de alguna manera se pretende restaurar. Esta restauración no pasa en la realidad por la creación de una “Internacional incaica”¹⁶ sino por la inclusión en el marco legal de las repúblicas andinas de una serie de prerrogativas y privilegios que favorezcan a las comunidades andinas y aseguren el reparto de poder de manera permanente. El nacionalismo que subyace a estas reivindicaciones denota, una vez más, la profunda contradicción entre la prédica internacionalista del socialismo del siglo XXI y la praxis secesionista de su aliado indigenista. Desde la llegada al poder del indigenismo en Bolivia, y debido fundamentalmente a la política desintegradora del Gobierno de Evo Morales, se especuló sobre supuestos ánimos separatistas por parte de la media luna boliviana, que fortalecería ese otro engendro separatista: el nacionalismo cambia.

El indigenismo, como todo nacionalismo exaltado, tiende a desarrollarse por oposición al “otro”. Esta categoría puede circunscribirse o bien a un presunto enemigo externo (Estados Unidos o Europa) o en torno a una hipotética quinta columna que amenaza la seguridad del país. En este punto, tanto indigenismo como socialismo del siglo XXI consideran que el enemigo externo (Estados Unidos) pretende sojuzgar económicamente y consolidar la dependencia de los países andinos mediante un pacto tácito

¹⁶ Antauro Humala, por ejemplo, es partidario de este delirio de poder: “El proyecto geopolítico bolivariano de ‘los Estados Unidos Centro y Sudamericanos’, al presente siglo XXI adquiere cada vez más vigencia, con la singularidad que en los ‘corrales’ (sic) de mayoritaria demografía co-briza lo requiere en función a pautas inkas (sic) (el Perú, Ecuador, Bolivia y noroeste argentino) y azteca-mayas (México, Guatemala). El etnonacionalismo resulta, así, integracionista y armónico con la tendencia global de conformación de bloques geo-económicos... en donde el linaje común étnico, en el caso andino, deberá constituir el eje referencial en la identidad de aquel proyecto emancipador-reivindicador y a la vez reunificador de la stirpe quechuaymara dispersa en tres ‘corrales’ o republiquetas criollas: el Perú, Bolivia y Ecuador. He ahí la insurgente ‘Internacional Inkaika’ o Neo-Tawantinsuyo, cuyas vanguardias milenaristas y reintegracionistas las conforman el etnocacerismo (Perú), la Confederación de Nacionalidades Indígenas (Ecuador) y el Movimiento al socialismo del compatriota Evo Morales, así como el Movimiento indio ‘Pachacútek’ (MIP) de Felipe Quispe (Bolivia)”. **Antauro Humala Tasso** (2006: 298).

con el enemigo interno, conformado por los empresarios, los políticos de los partidos tradicionales y los frentes autonomistas. De esta manera, dos nacionalismos antagónicos se potencian mutuamente y oponen a sus proyectos excluyentes consideraciones programáticas de índole económica y política que les permiten maquillar el abierto racismo de sus posturas.

INKARRÍ: HACIA LA SÍNTESIS VIVIENTE

El indigenismo está condenado a la muerte social, precedida de una larga agonía política. El *ethos* indigenista pervivirá durante mucho tiempo y sólo será diluido en la síntesis viviente de una comunidad mestiza. Dicha comunidad se forja de manera permanente en base a las diversas culturas que enriquecen con sus aportes al continente americano. El indigenismo sucumbirá en la realidad porque el mestizaje, desde hace siglos, se abre paso a lo largo y ancho del continente¹⁷. La unidad de las sociedades latinoamericanas está fundada en el mestizaje cultural. No en el racial. El acento en los procesos de integración no tiene que colocarse en el jacobinismo indigenista. Latinoamérica, a lo largo del siglo XX, ha demostrado que es, ante todo, un continente mestizo. Y he allí la gran lección que tiene que aportar a la idea de Occidente. Si Occidente tiene futuro, si la cultura occidental busca imponerse a sus enemigos y expandirse de manera global, ha de hacer suya esta gran lección latinoamericana: urge abrazar la idea de mestizaje.

Un mestizaje, en primer término, cultural, espiritual, trascendente, si seguimos la clásica definición de Víctor Andrés Belaúnde¹⁸. Un mestizaje in-

¹⁷ Sobre el mestizaje vid., por todos, el libro *El pensamiento mestizo. Cultura amerindia y civilización del renacimiento* de **Serge Gruzinski**. No le falta razón a Gruzinski cuando afirma que “los mestizajes no son nunca una panacea; expresan combates que nunca tienen ganador y que siempre vuelven a empezar. Pero otorgan el privilegio de pertenecer a varios mundos en una sola vida” (Gruzinski, 2007: 378). Cualquier inmigrante latinoamericano en España podría firmar este aserto. Por su parte, Hugo Neira ha rescatado con acierto en su libro *Del pensar mestizo. Ensayos de qué manera se extiende a lo largo del orbe la necesidad de los pueblos para interrogarse sobre las causas de su mestizaje*. **Hugo Neira** (2006).

¹⁸ Víctor Andrés Belaúnde (1883-1966) acuñó la definición. Diplomático (fue presidente de la Asamblea General de la ONU en 1959), político, jurista, humanista y escritor, Belaúnde es, sin duda, una de las cumbres del pensamiento católico en Latinoamérica. Para él, el Perú es “una síntesis viviente; síntesis biológica, que se refleja en el carácter mestizo de nuestra población; síntesis económica, porque se han integrado la flora y la fauna aborígenes con las

concluso, en perpetuo devenir, ya que la síntesis viviente forjada en los valores del cristianismo es capaz de asimilar, con sentido católico y por tanto ecuménico, aquello de otras culturas que pueda y deba enriquecer el todo occidental. El indigenismo, ese secesionismo espiritual de graves consecuencias materiales, puede amurallarse ante el resto del mundo, pero tarde o temprano sus defensas teóricas y sus parapetos prácticos cederán al empuje irreversible de la globalización mestiza. Incluso los defensores del purismo indigenista sólo logran exponer a cabalidad su proyecto excluyente en un entorno democrático de raíz criolla en el que buscan y obtienen el triunfo en el ágora electoral, algo, por lo demás, absolutamente occidental.

La restauración del trono inca es una ucronía sin asidero político real, y así lo entiende el indigenismo político. Pese a todo, apela al mito, a la utopía andina, creyendo descubrir en la comunidad indígena algunos rasgos que la pueden hacer particularmente sensible a la doctrina marxista¹⁹. Esta complicidad es falaz y, como se ha sostenido, instrumental, lo que no impide que el discurso revolucionario empiece a calar hondo y fomente el resentimiento de una población harta de la indiferencia culpable de dos actores ineficientes: el Estado y las elites.

El mestizaje, un proceso en permanente desarrollo en Latinoamérica, continuará fructificando por ósmosis y reflejándose, de manera fehaciente, en todos los campos de la realidad latinoamericana (economía, cultura, sociedad, gastronomía, lenguaje, arte, ciencia, etc.). Incluso en aquellas tradiciones que los indigenistas pretenden restaurar brilla un sincretismo barroco que ha enriquecido la fusión de las dos culturas que forjan, en

traídas por España, y la estructura agropecuaria primitiva con la explotación de la minería y el desarrollo industrial; síntesis política, porque la unidad política hispana continúa la creada por el Incario; síntesis espiritual, porque el sentimiento hacia una religión naturalista y paternal se transforma y eleva en el culto de Cristo y en el esplendor de la liturgia católica. No concebimos oposición entre hispanismo e indigenismo... Los peruanistas somos hispanistas e indigenistas al mismo tiempo. Disminuir la hispanidad o el Incario es disminuir la peruanidad. La disyuntiva lógica y real es otra... o pluralismo o unicismo. Síntesis o desintegración". **Víctor Andrés Belaúnde** (1983: 2).

¹⁹ La izquierda adolece de una necesidad recurrente, ha de apelar al mito. Desprovista de trascendencia, convierte la ideología en religión. El propio José Carlos Mariátegui, pilar del socialismo latinoamericano, afirmó: "El ejército innumerable de los humildes, de los pobres, de los miserables, se ha puesto resueltamente en marcha hacia la Utopía que la Inteligencia, en sus horas generosas, fecundas y videntes ha concebido". **José Carlos Mariátegui** (1964: 158).

mayor medida, la esencia del continente: la tradición hispánica y la civilización indígena²⁰. Desde hace más de quinientos años, Latinoamérica se ha convertido en el escenario perfecto para el gran fenómeno del mestizaje. El *melting pot* latino es hoy una realidad pujante, creciente, en vía de consolidación. Y ello se debe a la fuerza de la tradición hispánica, portadora de la idea de imperio.

Tras la conquista, la presencia de España permitió que el continente americano se adhiriera a Occidente. España, con el castellano, dotó de unidad formal una extensión de territorio confiriéndola tradición y transformando la cultura. España, con el cristianismo, mostró a las diversas civilizaciones panteístas que poblaban los vastos dominios de sus nuevos reinos una ética superior, una religión portadora de unos valores que convertían a todos los seres humanos en nomóforos, esto es, en sujetos de derecho, en personas unidas entre sí debido a la filiación divina²¹. La segregación de la república de indios de aquella compuesta por los criollos no impidió que surgiera pronto, bajo la concepción de igualdad real ante los ojos de Dios, una explosión mestiza que transformaría para siempre la historia de la humanidad.

El mito de Inkarrí emerge, entonces, como una herramienta que, al igual que el indigenismo, puede ser utilizada como leyenda revanchista o mito unificador. El estudio y el análisis histórico-antropológico de las diversas manifestaciones del mito de Inkarrí resaltan, como elemento común, su

²⁰ La monumental obra en dos tomos *El Barroco peruano* de **Ramón Mujica Pinilla** (2002-2003), es la muestra palpable de hasta qué punto la savia hispánica fecundó los Andes creando arte, cultura, tradición e historia. El barroco es el alma de los Andes. La escuela cuzqueña es un ejemplo patente de mestizaje espiritual plasmado en el lienzo de un pintor.

²¹ La persona ha de constituir el centro del derecho. Este personalismo jurídico se patentiza en la regla "*ex persona ius oritur*". El Derecho procede de la persona. No del Estado, construcción teórica creada para servir al hombre. Las personas son, pues, auténticas 'nomóforas', esto es, portadoras del derecho, con independencia del espacio y el lugar donde se encuentren. La nacionalidad, por tanto, no debe ser motivo de exclusión. Cfr., en este sentido, **Rafael Domingo Osle** (2010: 106-109, 125 y 127). También el aforismo *homo homini* persona (el hombre, para el hombre, persona), en **Álvaro d'Ors** (1995: 112) y d'Ors (1999: 23). Cfr. **Séneca**, *Epistulae morales* 15.95.33: *homo sacra res homini*. El aforismo procede del tópicus antiguo *homo homini lupus*, que se encuentra ya en **Plauto**, *Asinaria* 4.88: *lupus est homo homini, non homo*, si bien lo hizo famoso **Thomas Hobbes**, en *De cive* (praefatio, 1:12; y 5.12). Para el indigenismo, el hombre está subordinado al Moloch de la raza.

función mesiánica entre las comunidades indígenas del Perú y, por añadidura, de los Andes en general. El mito refleja, a pesar de las diversas versiones recogidas por antropólogos como José María Arguedas, Josafat Roel Pineda y Juan M. Ossio, una unidad estructural concreta y la presencia del elemento escatológico en la cosmovisión de los vencidos²².

El mito narra cómo Inkarrí, principio integrador del mundo andino, creador de la civilización, hijo del Sol y detentador del poder real, es derrotado por los españoles al realizarse la Conquista. El cuerpo del héroe mitológico es separado de la cabeza, la cual es enterrada en el Cusco o Lima, dependiendo de la versión del mito. Pero el rey inca no ha sido derrotado para siempre. Inkarrí crece desde la cabeza, regenerando sus miembros, hasta completar su cuerpo. El resurgimiento del mundo andino sólo será alcanzado al final de este proceso, cuando el rey muerto, Inkarrí, alcance la unidad corporal, retorne y desarrolle un nuevo “Pachacuti”, derrotando el caos actual.

Como es obvio, este mito puede ser utilizado como leyenda levantisca por las comunidades andinas y el indigenismo radical. Este aspecto ha sido reivindicado a través de las sucesivas revoluciones indígenas de la historia sudamericana, en las que el mesianismo y el cesarismo populista han jugado un rol fundamental en el plano político. El papel de Abimael Guzmán en Sendero Luminoso, la entronización de Evo Morales en la presidencia o la visita de Alejandro Toledo a Machu Picchu son ejemplos recientes de cómo, al emplear mitos y símbolos para usos concretos, se obtienen réditos políticos a la par que se adoctrina a las masas. En el caso de Inkarrí cabe una interpretación diferente.

Latinoamérica nace desangrándose y crece lentamente, recuperándose de sus primeras divisiones. Su incorporación a Occidente es paulatina. Somos el continente de “todas las sangres”. Separados, seccionados por ideologías disolventes y en continuo crecimiento hacia la integración final, Latinoamérica espera que Inkarrí resurja de sus cenizas, unificando a todas las etnias y rechazando las promesas espurias de un revanchismo caduco y perverso.

²² Sobre el mito de Inkarrí, vid., por todos *Mitologías Amerindias*. **Alejandro Ortiz Rescaniere** (2006).

Dicho crecimiento es soterrado y por ello espiritual, profundo. Lejano de cualquier odio racial, el mestizaje es su signo visible. Al hablar del mestizaje, contemplamos la espléndida realidad de la fusión cultural y de esa síntesis de valores modelados por el cristianismo que permiten el cruce racial.

Es el destino del continente, convertirse, para el resto del orbe, en el crisol de todas las razas de este planeta. El mestizaje latinoamericano está llamado, además, a ser esencialmente espiritual, trascendente, ético. El mestizaje racial, favorable y necesario, siempre estará subordinado al mestizaje espiritual. Es preciso que los valores que posibilitan la convivencia diaria fecunden el territorio latinoamericano y consoliden la convivencia pacífica. Estos valores, como hemos observado, provienen de Occidente y fueron asumidos por la cultura indígena. Latinoamérica no es Europa. Latinoamérica no es Asia. Latinoamérica es la mezcla frondosa de dos grandes tradiciones (la indígena y la hispana) enriquecida, a su vez, por numerosas culturas que al llegar al continente americano supieron fundirse en una entidad superior²³. Hoy, el indigenismo marxista ha trastocado esta realidad con el objeto de crear un Leviatán andino que pretende incendiar la cordillera en la hoguera de unos odios ancestrales.

Existen, por supuesto, núcleos étnicos mayoritarios a lo largo y ancho del continente. Y éstos son referentes materiales, la materia de nuestros

²³ El escritor peruano José María Arguedas (1911-1969), de tan triste existencia como portentosa obra, de niño creció rodeado por indios, reconociendo en el mestizaje la esencia de su país: "Con México y Brasil, somos los países 'incas' (Ecuador, Perú y Bolivia) los que sin duda podemos hablar de una mayor originalidad de nuestra cultura, hasta de la posibilidad de una nueva versión de la cultura occidental. En las otras repúblicas latinoamericanas lo indígena ha sido absorbido, ya sabemos por qué... hay una tendencia romántica en el Perú de suponer que bien podemos desarrollar virtualidades sustancialmente diferentes de lo europeo, caracteres que nos vienen intocados de nuestro pasado prehispánico. ¡Cuántas veces hemos meditado en esta, aparentemente, más bella promesa! Pienso en las aldeas indígenas de las regiones más aisladas del Perú, y pienso en el conjunto de nuestra patria. Estamos mezclados hasta la raíz; *lo hispánico penetró hasta lo más profundo, sin destruir lo indígena, sin convertir la médula de lo indígena, pero comprometiéndolo, revolucionándolo, en unos segmentos más gravemente que en otros, en unos estratos más que en otros.* ¿Fue esto una desventura? El mestizo es una personalidad que ha sido más discutida que estudiada. ¿Cómo no he de creer en él, si yo mismo soy un mestizo tan firmemente convencido de su valer? ¿Cómo no he de creer, *si todo lo tomado de la cultura occidental no ha sido sino para mejor afirmar y desarrollar lo que en esta mezcla hay de definido ya, de permanente y hecho?* **José María Arguedas** (2004: 455).

pueblos. Pero no el elemento fundamental. El alma que anima a Latinoamérica es ese puñado de principios que nos une a Occidente sin que por ello perdamos nuestra originalidad. El factor determinante siempre estará dado por la columna espiritual, volitiva, por esa gran comunidad de valores que sin dejar de ser aplicados de manera peculiar a nuestras tierras nos enlazan para siempre con la cultura occidental.

El mito de Inkarrí, desde un análisis optimista sobre las posibilidades de Latinoamérica en la historia global, puede y debe constituirse en un mito integrador por excelencia, en el canto a una democracia que brilla más allá de las razas. Es preciso emplear la simbología andina de unidad y restauración para aplicarla a entornos más complejos, a entidades superiores, a causas e ideales más grandes. De lo contrario, dejaremos que poderosas imágenes que acompañan desde hace siglos a los pueblos latinoamericanos se conviertan fácilmente en el instrumento político de un radicalismo ideológico que busca exaltar las diferencias raciales y culturales bajo un herético mesianismo marxista. La conversión de todo un continente al catolicismo fue realizada mediante el empleo, también, de símbolos y categorías indígenas, que luego se mimetizaron en el cosmos católico, forjando un barroco esplendoroso. Para recuperar el terreno político perdido, es preciso apelar a imágenes que congreguen en el mundo andino ideas sincréticas capaces de movilizar a las masas evocando un pasado de grandeza y un futuro solidario. Las ideas de libertad, responsabilidad, autonomía y solidaridad encuentran en el rico imaginario andino sendas historias de apoyo como la descrita. Si el mito ha servido para demonizar a Occidente, ¿por qué los que creen en la libertad no pueden emplearlo para una pedagogía efectiva en el plano político?

Esta pretensión de apertura y unidad fue comprendida por el indigenismo primigenio. El imperio inca fue un intento más en la historia andina de síntesis cultural, de expansión social y de homogeneización política. Los diversos horizontes de la cultura andina están formados por este tipo de epifenómenos que cristalizan en grandes síntesis culturales. Los incas intentaron lo propio con mediano éxito. Crearon para ello una estructura formal aplicable a todos los pueblos por ellos sojuzgados y una serie de principios políticos respetados por los reinos que formaban parte del im-

perio. La síntesis inca, incompleta en el tiempo, daría pasó a la síntesis hispánica. Ella, a lo largo de tres siglos, consolidó una unidad espiritual y material que pronto se convertiría en la base de la identidad nacional de todas las jóvenes repúblicas americanas. Ambas síntesis, sin embargo, son procesos inacabados, por definición. Y ello es así porque siempre existirán rivalidades geográficas, políticas, sociales, etc. Pese a esta constante, sólo el mestizaje es capaz de reducir las probabilidades de un conflicto real en virtud a un nacionalismo exacerbado que pretende modelar a su gusto el diseño institucional. Los incas así lo comprendieron y por eso se esmeraban en la educación de las elites de sus aliados en la capital del imperio, Cusco, si ello permitía, a su vez, asegurar la transmisión de su estilo de vida y el espíritu imperial.

Ya durante la época colonial, los pueblos americanos recibieron la influencia de otras culturas, las asimilaron y bajo el manto protector del cristianismo lograron enriquecer la síntesis viviente. El aporte de los negros esclavos traídos durante este periodo es de primer orden. Pero el proceso nunca se ha detenido. Por el contrario, va a más, y continúa moldeando la identidad de millones de latinoamericanos. Otros pueblos y muchas otras culturas han seguido configurando las fronteras de lo latino, aunque algunas zonas cada vez menos extensas prefieran excluirse voluntariamente de este portentoso crisol. Los árabes, los europeos, los japoneses, los chinos, los indios y todas las sangres han confluído en el continente de los siete colores²⁴. Un continente destinado a ser el hogar de la “raza cósmica” de la que tanto habló José Vasconcelos, ese gran polígrafo mexicano²⁵. He aquí el gran aporte de Latinoamérica a la idea de Occidente²⁶. La posibilidad, hecha cierta, de construir un mundo en el que el mestizaje espiritual constituya el primer paso para la síntesis biológica de la humanidad.

²⁴ **Germán Arciniegas** (1900-1999) tenía razón en este punto. También el tradicionalista peruano **Ricardo Palma** (1833-1919), que con buen tino señaló sobre su país: “En el Perú, el que no tiene de inga, tiene de mandinga”.

²⁵ “Llegaremos en América, antes que en parte alguna del Globo, a la creación de una raza hecha con el tesoro de todas las anteriores, la raza final, la raza cósmica”. **José Vasconcelos** (2005: 35).

²⁶ La solidaridad entre los pueblos andinos, transplantada a la realidad de las grandes ciudades, también es un ejemplo a tomar en cuenta. El tejido social latinoamericano es, en esencia, solidario.

Latinoamérica es la prueba concreta de que una civilización mestiza es posible. Y también de que ese mestizaje es, a todas luces, positivo, original y creador. Hay una fuerza peculiar en la configuración de un nuevo mundo portador de los valores de Occidente. El mestizaje también forma parte de la civilización occidental. La anulación del radicalismo nacionalista sólo será posible cuando todas las sangres se fundan en un solo horizonte. Esta feliz realidad ha alcanzado su mayor desarrollo en Latinoamérica, merced a esa doble herencia integradora, la hispánica y la indígena. La supervivencia de los valores cristianos permite que el proceso continúe y se enfrente con éxito a los innumerables intentos sociales, políticos y económicos de liquidar la síntesis²⁷.

En el fondo, el mito de Inkarrí refleja el sueño andino de resurgimiento y regeneración. La regeneración de los miembros del viejo rey inca también podría equipararse a la regeneración democrática que precisan todas las sociedades latinoamericanas, amenazadas como se encuentran por un socialismo utópico peligrosamente efectivo en el ámbito popular. La unidad que se logra tras el crecimiento continuo de los miembros del cuerpo de Inkarrí muestra, además, la tan ansiada unidad continental, proyecto fallido que no logra cuajar pese a los numerosos intentos políticos de los líderes de la revolución bolivariana, todos ellos tan voluntaristas como demagogos²⁸.

²⁷ Los indigenistas son conscientes del peligro del catolicismo para con su doctrina y por ello buscan acabar con su preeminencia. Bajo el pretexto de que la Iglesia es “un elemento peligroso y símbolo máximo de la dominación occidental” buscan reducir su campo de acción y competir en el proselitismo. Como todo nacionalismo exacerbado, el indigenismo tiene ribetes místicos y pretensiones de infalibilidad. Los indigenistas reconocen la influencia excesiva de la religión sobre “el alma de los pueblos”, a la que consideran “nociva y corrosiva para el proyecto de dominación total”. **Gustavo de Aristegui** (2008: 227).

²⁸ Particularmente, el último intento de unidad continental plasmado en la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), creada el 23 de febrero de 2010, en la sesión de la Cumbre de la Unidad de América Latina y el Caribe. La CELAC excluye a los Estados Unidos. Esta visión revanchista en política internacional no sólo es perjudicial para la integración, también demuestra hasta qué punto la región carece de una *real politik* y una agenda concreta que vaya más allá del discurso antiimperialista y la franca confrontación entre la *entente cordiale* Bogotá-Lima y el eje Caracas-Quito-La Paz. Con todo, el indigenismo encontrará en este nuevo organismo otro foro perfecto para exponer los logros maquillados de su revolución.

LA DISTOPIA INDIGENISTA, LA UTOPIA INDICATIVA LATINOAMERICANA Y EL ÚLTIMO OCCIDENTE

Occidente no es un concepto cerrado²⁹. Occidente no es una noción deudora de un tradicionalismo anquilosado, hermético, incapaz de renovarse y adaptarse a otros entornos. Que la idea de Occidente sobreviviese a lo largo de milenios tiene mucho que ver con su capacidad de adaptación y con la asombrosa variedad de aportes que supo aquilatar, sintetizar y asimilar. La noción de Occidente es abierta, receptiva, global. La tradición occidental no es un corpus condenado al inmovilismo. De hecho, la extraordinaria aptitud para la simbiosis que ha demostrado a lo largo del tiempo responde a la fidelidad a un conjunto de principios generales, aplicables a los más diversos espacios-tiempos históricos de manera original y creativa, sin anatopismos e inmediateismos artificiales³⁰.

Góngora la llamó en sus *Soledades*, hace ya tantos años, “el último Occidente”³¹. Latinoamérica, sin embargo, está destinada a convertirse en la primera gran síntesis viviente del orbe. El aporte de los latinoamericanos al *ethos* occidental radica en el ejemplo patente de cómo se desarrolla una sociedad mestiza, cómo crece, cómo se alimenta institucionalmente y cuáles son los grandes retos a los que tiene que enfrentarse. Si la fusión de culturas ha sido posible en Latinoamérica ello no se ha llevado a cabo debido a que la *polis* griega, el derecho romano o los valores de la democracia liberal hayan sido los elementos determinantes para ello. Su importancia es fundamental, por supuesto, pero para la plena fusión es imprescindible que exista un marco de valores capaz de fomentar el mestizaje, favorecerlo y acrecentarlo.

La síntesis entre pueblos tan distintos entre sí se ha llevado a cabo porque el sustrato común del cristianismo así lo ha permitido. Sólo recono-

²⁹ Sobre la formación y concepto de Occidente, vid., por todos: **Thomas E. Woods Jr.** (2007) y **Philippe Nemo** (2006).

³⁰ Víctor Andrés Belaúnde sostenía que el anatopismo es “la introducción *forzada*, en nuestro medio, de instituciones extrañas o esa misma tendencia a importar elementos postizos a nuestra realidad”. Cfr. **Víctor Andrés Belaúnde** (1967: 458).

³¹ Tú, ave peregrina/ arrogante esplendor –ya que no bello–/ del último Occidente. Cfr. **Luis de Góngora**, *Soledades*. En: http://isaiasgarde.myfil.es/get_file?path=/gongora-soledades.pdf

ciendo el aporte valorativo del cristianismo y su influencia social es posible comprender cómo un pueblo conquistador logró fundirse a lo largo del tiempo con una miríada de etnias conquistadas. El cristianismo lo hizo posible. Allí donde retorna el paganismo panteísta, allí donde resurge una cosmovisión precolonial alimentada por móviles políticos –una especie de *taki onqoy* posmoderno³²– la síntesis enfrenta el riesgo de la disolución. Es posible que el *élan* profundamente reaccionario del indigenismo ralentice en algunas regiones la gran revolución mestiza que se abre paso en el siglo XXI. Pero el proceso, en Latinoamérica, es irreversible. De la misma manera en que un nacionalismo religioso se convierte en un obstáculo poderoso para el avance de la civilización occidental, el nacionalismo *per se*, sin el ingrediente místico, está condenado a diluirse, en el mejor de los casos, en el entorno de una cultura superior aglutinante. El nacionalismo por sí solo puede existir en el mundo occidental, y la política, según corresponda, ha de someterse o no a sus reivindicaciones. Pero un nacionalismo (o regionalismo) anclado en un componente fundamentalista difícilmente absorberá los valores culturales de Occidente, porque une a la noción de ‘infiel’ o pagano la reivindicación social de una comunidad imaginada. Un fundamentalismo militante determina el hecho político, influye en las sociedades que profesan una doctrina concreta (si la abrazan de manera coherente) y convierte la pirámide de Kelsen en un codicilo más de cualquier libro sagrado.

El sincretismo determina e influye el ingrediente metafísico del indigenismo. Su cosmovisión se encuentra unida a la religión católica (y en menor pero creciente medida, a la heterodoxia protestante) y ella permite y favorece la integración. La promueve. La religión occidental por antonomasia obliga al creyente a renunciar a todo tipo de racismo.

El indigenismo, en cuanto movimiento xenófobo, no es un purismo arcaico. Es, aunque la diferencia parezca tenue, un movimiento arcaizante in-

³² Se trataba de una “rebelión de las huacas” surgida al iniciarse la segunda mitad del siglo XVI que propugnaba el rechazo al Dios católico y el retorno a la religión inca. El movimiento rápidamente adquirió connotaciones políticas, económicas y sociales, impregnando gran parte de la cultura andina y retardando el mestizaje. Vid., por todos, **Alberto Tauro del Pino** (2001: 2.527).

capaz de renunciar a una serie de influencias bebidas de la fuente de la cultura occidental (la religión, el uso parcial del idioma, las instituciones democráticas por conquistar y remodelar, la idea de constitución, etc.). El indigenismo puede retrasar la formación de la síntesis, pero no restaurar un imperio perdido ni evitar para siempre la fusión regional y continental. Su *sonderweg* etnorracial naufragará en el plano real. Más que utopía, habría que hablar, en el caso indigenista, de una distopía andina³³.

Y se trata de una distopía³⁴ porque busca recrear en un futuro cercano una realidad pervertida, ajena a la sociedad ideal e integrada que precisan los pueblos como marco de desarrollo. El Apocalipsis de la desintegración se propugna como sendero luminoso hacia una sociedad en la que “el nuevo indio” bolivariano³⁵, burdo remedo del nuevo hombre comunista, construya un paraíso ácrata en el que todos vivan felices al son de los acordes de la internacional. Esta utopía negativa debe ser condenada por irreal, pernicioso, imperativa y esclavizante.

Latinoamérica está condenada a la unidad superior del mestizaje. Ninguna ideología disolvente, ningún movimiento distópico y ningún populismo idealizado destruirán la síntesis armoniosa que, juntos, los latinoamericanos estamos construyendo. Ésa es nuestra auténtica utopía. Una utopía indicativa, como bien afirmaba Víctor Andrés Belaúnde. Una utopía positiva, ardua pero posible. Una utopía contrastada día a día en la realidad.

³³ Entre los críticos a la utopía indigenista destaca el pensador peruano Fernando Fuenzalida: “...el indigenismo se mostró ya maduro para una nueva reformulación de la utopía. El socialismo se difundirá como ideología triunfante. El pasado fue interpretado otra vez. El mismo imperio incaico, al que el siglo XVI utopizó platónico y el XIX utopizó liberal y positivo, se transfiguraba ahora en imperio socialista al estilo Baudin”. **Fernando Fuenzalida** (2009: 280-281).

³⁴ El término distopía fue acuñado por **John Stuart Mill**, aunque es en el mundo de la literatura donde ha encontrado versiones más que sugerentes: 1984 (**George Orwell**), *Un mundo feliz* (**Aldous Huxley**), *Fahrenheit 451* (**Ray Bradbury**) y *Señor del Mundo* (**Robert Hugh Benson**). La distopía indigenista bien merece una novela de ficción.

³⁵ Distinto del ‘nuevo indio’ defendido por **José Uriel García** (1973). El peruano opina que “El indio antiguo, hoy, es más sangre que espíritu; el nuevo indio debe ser más espíritu que sangre. Porque indígena es el hombre que crea en la tierra, y no sólo el que procrea. Nuevo indio no es, pues, propiamente un grupo étnico sino una entidad moral, sobre todo”.

Pretender, sin embargo, que un cúmulo de instituciones puede ser transplantado a la realidad latinoamericana sin que medie un proceso de asimilación creativa, es una falacia. Imponer verticalmente un patrón institucional no ayuda a la expansión pacífica de Occidente. Ralentiza el proceso. Las ideas se exponen, no se imponen. El *ethos* occidental vencerá y convencerá, merced a su capacidad adaptativa, su voluntad global y a la superioridad de sus principios. Por otro lado, sostener que no es preciso librar una guerra de ideas contra aquellas categorías mentales que buscan convertir a Latinoamérica en una autarquía cultural, separándola de Occidente, es una insensatez política de consecuencias nefastas.

Latinoamérica tiene un lugar que ocupar en Occidente. Los latinoamericanos no han de sentirse los convidados de piedra en el cosmos occidental. El nuevo orden indigenista que algunos pretenden instaurar a modo de distopía imperialista amenaza la democracia occidental, la libertad de los pueblos y el mestizaje cultural. Si el indigenismo no es un sistema político, el marxismo sí lo es. Y en tanto estructura de poder, pretenderá destruir lo que nunca ha dejado de llamar Estado demo-liberal erigiendo en su lugar una dictadura del proletariado nacionalista apuntalada por una democracia de sóviets, en las que el voto se torna en un mero formalismo destinado a ser suprimido por recordar las viejas taras burguesas.

Para evitar esta hecatombe institucional se ha de reforzar a las débiles poliarquías latinoamericanas y fomentar una democracia en forma. Urge un rediseño de la geopolítica iberoamericana. Es preciso defender la idea de una democracia fuerte, sólida, solidaria, capaz de enfrentarse a la monarquía etnocrática del indigenismo. Una democracia eficaz, que presente batalla creando riqueza allí donde más se necesita. Una democracia que no abandone en la postración a millones de ciudadanos, mientras se enreda en formalismos vacuos y esoterismos legales. Si buscamos crear una cultura política democrática, no podemos dejar que los ciudadanos se revuelquen en la miseria más aberrante. *Primum vivere deinde philosophare*. La primera tarea de la democracia en Latinoamérica es vencer a la pobreza. La revolución institucional y jurídica que espera el continente ha de tener por objeto eliminar la desigual distribución de la

riqueza, consolidar a los partidos políticos y crear un Estado profesional y eficiente. La comunidad internacional y las empresas extranjeras no deben perder de vista la importancia de su participación en este proceso. Contemporizar con regímenes con una honda vocación excluyente y totalitaria es tanto como someterse al verdugo de tu futuro por el culto a Mammón. Ello, por supuesto, tiene un precio. Y tarde o temprano, terminarán pagándolo.

La defensa de la democracia implica la formación de un liderazgo alternativo, popular, no populista, capaz de aglutinar en torno a un programa realista, a las nuevas generaciones de latinoamericanos que no comprenden o soportan a la vieja partitocracia regional. Los *outsiders* se multiplican en la región. Este síntoma denota una democracia enferma, incapaz de canalizar los anhelos de desarrollo del pueblo. El *ordo* indigenista supo aprovechar en su momento el colapso de los canales de representatividad. Y se apropió del discurso y del liderazgo político de la nación. Evo Morales gana elecciones, con holgura. En Ecuador se puede gobernar sin ellos, jamás contra ellos. Y en el Perú, el etnonacionalismo de Ollanta y Antauro Humala alcanzó la segunda vuelta en 2006 y mantiene un voto duro que refleja el descontento de amplias mayorías.

Si del campo a las ciudades se gestó la conquista del poder político, es de las grandes ciudades, esos polos continentales del mestizaje, desde donde debe emerger la contraofensiva que recupere para la síntesis los territorios perdidos. Si la unión del indigenismo con el socialismo del siglo XXI se basa en el pragmatismo desnudo, contemplamos, entonces, una alianza condenada al fracaso. Mientras los petrodólares del chavismo continúen financiando la deriva económica del indigenismo, el pacto se mantendrá. Luego, tal vez perviva la camaradería política. Aunque lo más probable es que el indigenismo, cuando abandone el poder, se hunda en una crisis de liderazgo que finalice con la entronización de otro iluminado dispuesto a guiar al pueblo a la tierra prometida del Tahuantinsuyo.

El problema del indio no es más la categoría fundamental de análisis político en la región. El indio, desde el inicio de la conquista y paulatina-

mente, se ha convertido en el cholo³⁶. La cuestión indígena desaparece, cede su lugar de preeminencia. Hoy, lo verdaderamente relevante en Latinoamérica no es el problema del indio. Ni el del cholo. Es el problema de la pobreza. El de la educación. Y el de la seguridad. Éstas son las espadas de Damocles a las que los latinoamericanos tenemos que enfrentarnos.

Por eso, los latinoamericanos hemos de forjar una auténtica derecha popular capaz de conformar partidos de masas, no grupúsculos aislados de liberales, demócratas cristianos y conservadores, condenados a la derrota por su incapacidad para ponerse de acuerdo. Fundar partidos populares capaces de aglutinar a varias tendencias, oponiéndose al cesarismo democrático y luchando a muerte contra la pobreza son las grandes banderas que debe sostener la nueva derecha latinoamericana. Porque ya no importa si somos nativos, indios, blancos, cholos. Lo importante, para el continente, es comprender que todos somos ciudadanos libres, iguales ante la ley y protagonistas de la historia. Lo imprescindible radica en conocer las virtudes del buen gobierno, la estrategia de un liderazgo efectivo, los secretos del desarrollo. Para ello no es necesario compartir la candidez de aquellos que piensan que vivimos en plena paz kantiana, sin reconocer que existen pueblos, naciones y movimientos políticos que aún se rigen por la implacable lógica del poder³⁷. El indigenismo es uno de ellos. Con realismo y lealtad a unos principios, las grandes transformaciones que precisan nuestros pueblos se llevarán a cabo. Sólo hace falta actuar con valentía. *Fortuna fortes metuit, ignavos premi*³⁸. Porque he aquí una verdad irrefutable: Latinoamérica y los latinoamericanos pertenecemos al mañana y el indigenismo, cada día que pasa, se hunde más en el ayer.

³⁶ **José Varallanos** sostiene, sobre el cholo y su contexto que: "Esto, la mezcla, la simbiosis, la transculturación de lo español y de lo indio, es precisamente lo que caracteriza al cholo y a lo cholo, y por ende, al Perú y a lo peruano. Ni sólo España, ni sólo el Tahuantinsuyo. Tenemos de ambas naciones y de sus culturas, fusionadas y fusionándose a través de los siglos". José Varallanos (1962: 12). También resalta el nuevo escenario del cholo peruano **Susana Bedoya** (2009).

³⁷ Al respecto, ver el magnífico opúsculo *Of paradise and power: America and Europe in the new World order*. **Robert Kagan** (2003).

³⁸ "La fortuna respeta a los valientes y oprime a los cobardes". **Séneca** (2001: 57).

PALABRAS CLAVE

Iberoamérica • Formas actuales de pensamiento anti-liberal • Socialismo • Occidente

RESUMEN

En este artículo, Martín Santiváñez Vivanco analiza el discurso, la praxis y el futuro del indigenismo en el contexto del socialismo del siglo XXI, defendiendo la noción de una síntesis viviente globalizadora que se oponga a las visiones disolventes del nacionalismo marxista y del indigenismo con pretensiones excluyentes y etnoraciales. Para ello apela al mito de Inkarrí, bajo una nueva interpretación que defiende la integración de todo el continente americano.

ABSTRACT

In this article, the author analyzes the discourse, the praxis and the future of Indianism in 21st century. Santiváñez defends the notion of a "globalized living synthesis", opposing to the marxist and nationalism approaches. Based on the Inkarrí myth, the author develops a new interpretation of Indianism encouraging the Latin American continental integration.

BIBLIOGRAFÍA

Altuve-Febres Lores, Fernán (2001):

Los reinos del Perú. Apuntes sobre la monarquía peruana. Dupla editorial, Lima, págs. 72-77.

Arguedas, José María (1995):

Los ríos profundos. Cátedra-Letras Hispánicas, Madrid, págs. 75-78.

Arguedas, José María (2004):

Kachkaniraqmi ¡Sigo siendo! Textos esenciales. Fondo editorial del Congreso del Perú, Lima, pág. 455.

de Arístegui, Gustavo (2008):

Contra Occidente. La esfera de los libros, Madrid, pág. 227.

Baudin, Louis (1955):

El Imperio socialista de los incas. Santiago de Chile, Zig-Zag.

Bedoya, Susana (comp.) (2009):

Coloquio Lo Cholo en el Perú. Visiones de la modernidad desde lo cholo. Biblioteca Nacional del Perú, Lima, 2009.

Belaúnde, Víctor Andrés (1983):

Peruanidad, prólogo a la primera edición. Banco Central de Reserva del Perú, Lima, pág. 2.

Belaúnde, Víctor Andrés (1967):

Trayectoria y Destino, Tomo II. Ediciones de EDIVENTAS S.A., Lima, pág. 458.

Dargent Bocanegra, Eduardo (2009):

Demócratas precarios: élites y debilidad democrática en el Perú y América Latina. Instituto de Estudios Peruanos, Lima, pág. 13.

Domenach, Jean-Marie (2001):

La propaganda política. Eudeba, Buenos Aires, pág. 126.

Domingo, Rafael (2010):

The New Global Law. Cambridge University Press, Cambridge, Nueva York, págs. 65-73.

Domingo Oslé, Rafael (2010):

The New Global Law. Cambridge University Press, Cambridge, Nueva York, págs. 106-109, 125 y 127.

- Favre, Henri** (1998):
El indigenismo. Fondo de Cultura Económica, México, págs. 7-8.
- Fuenzalida, Fernando** (2009):
La agonía del Estado Nación. Poder, raza y etnia en el Perú contemporáneo. Fondo Editorial del Congreso del Perú, Lima, págs. 280-281.
- Fundación FAES** (2007):
América Latina: una agenda de Libertad. Miguel Ángel Cortés (director) y Guillermo Hirschfeld (Coordinador), FAES, Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, Madrid, pág. 25.
- García, José Uriel** (1973):
El Nuevo Indio. Prólogo a la primera edición. Lima, Universo.
- Gruzinski, Serge** (2007):
El pensamiento mestizo. Cultura amerindia y civilización del renacimiento. Paidós, Barcelona, pág. 378.
- Harnecker, Marta** (1990):
La izquierda en el umbral del siglo XXI. Haciendo posible lo imposible. Siglo XXI, México.
- Harnecker, Marta** (2002):
La izquierda después de Seattle. Siglo XXI, España.
- Harnecker, Marta** (2004):
Venezuela, una revolución sui géneris. Editorial Ministerio de Cultura, Venezuela.
- Harnecker, Marta** (2005):
"On leftist strategy", en *Science and Society*, vol. 69, núm. 2, abril;
- Humala Tasso, Antauro** (2006):
Etnonacionalismo, izquierda y globalidad (visión etnocacerista). Ediciones Antaurpi, Lima, pág. 298.
- Kagan, Robert** (2003):
Of paradise and power: America and Europe in the new World order (Knopf Publishers, New York).
- Lebowitz, Michael A.** (2007):
Build it now: Socialism for the Twenty-first century. Monthly Review Press, New York.
- Lebowitz, Michael A.** (2007):
Construyámoslo ahora. El socialismo para el siglo XXI. Centro Internacional Miranda, Caracas.
- Mariátegui, José Carlos** (1964):
La escena Contemporánea. Editorial Amauta, Lima, pág. 158.
- Mariátegui, José Carlos** (2007):
Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana. Fundación Biblioteca Ayacucho, Caracas, pág. 38.
- Mariátegui, José Carlos** (1994):
Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana. Biblioteca Amauta, Lima.
- Matos Mar, José** (2004):
Desborde popular y crisis del Estado. Veinte años después. Fondo Editorial del Congreso de la República, Lima.
- Moulian, Tomas** (2000):
Socialismo del Siglo XXI. La quinta vía. LOM ediciones, Santiago.
- Mujica Pinilla, Ramón** (2002-2003):
El Barroco peruano. 2 tomos. Banco de Crédito, Lima.
- Neira, Hugo** (2006):
Del pensar mestizo. Ensayos. Editorial Herética, Lima.
- Nemo, Philippe** (2006):
¿Qué es Occidente? Gota a Gota, Editorial Fundación FAES. Madrid.
- d'Ors, Álvaro** (1995):
Derecho y sentido común. 1ª ed., Civitas, Madrid, pág. 112.
- d'Ors, Álvaro** (1999):
Nueva introducción al estudio del Derecho. Civitas, Madrid, pág. 23.
- Ortiz Rescaniere, Alejandro** (2006):
Mitologías Amerindias. Editorial Trotta, Madrid.

Saint Úpery, Marc (2008):

“¿Hay patria para todos? Ambivalencia de lo público y ‘emergencia plebeya’ en los nuevos gobiernos progresistas” en *Iconos, revista de Ciencias Sociales, septiembre, número 032*. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales - FLACSO, Quito, págs. 75-87.

Sanders, Karen (1997):

Nación y Tradición. Cinco discursos en torno a la nación peruana (1885-1930). Fondo de Cultura Económica, Lima, pág. 63.

Séneca (2001):

Medea (Gredos, Madrid, 2001), pág. 57.

Tauro del Pino, Alberto (2001):

Enciclopedia Ilustrada del Perú, Tomo 16. El Comercio-PEISA, Lima, pág. 2527.

Varallanos, José (1962):

El Cholo y el Perú. Imprenta López, Buenos Aires, 1962, pág. 12.

Vasconcelos, José (2005):

La raza cósmica. Editorial Porrúa, México, pág. 35.

Vásquez Kunze, Eduardo (2006):

En *Antauro Humala Tasso* (2006), pág. 22.

Von Mises, Ludwig (1961):

“Reflexiones sobre el Imperio socialista de los incas” en *A socialist empire: The Incas of Peru*, by Louis Baudin. (Princeton, N. J., D. Van Nostrand Co., Inc.

Woods Jr., Thomas E. (2007):

Cómo la iglesia construyó la civilización occidental. Ciudadela, Madrid.